

Rec'd 9/10 p.m. 1406

CARTA DEMOCRATA CRISTIANA
DESDE CHILE

N° 20
Septiembre de 1973

Esta es una publicación del Departamento Internacional del Partido Demócrata Cristiano de Chile, que espera suministrar a los Partidos Demócrata Cristianos y personalidades mundiales una información objetiva de la realidad y los sucesos políticos que vive nuestra patria.

Director Internacional Partido Demócrata Cristiano Chile

ENRIQUE KRAUSS RUSQUE

Secretario Ejecutivo de Relaciones Internacionales Partido DC Chile

FEDERICO CUMMING GODOY

Dirección: Valentín Letelier 96, oficina 62, Santiago, Chile

Teléfono 88060 Santiago

En nuestra correspondencia de julio último dijimos que la acción del gobierno de Salvador Allende había colocado a la democracia chilena "entre la espada y el paredón". Esto es, entre una salida militar con todos los riesgos que ello significa o una dictadura totalitaria impuesta a sangre y fuego una vez agotados los métodos indirectos o pseudodemocráticos propios del marxismo-leninismo.

Desgraciadamente y a pesar de los enormes esfuerzos de la Democracia Cristiana por dar a Chile una solución política civilista y democrática, esta trágica e inevitable alternativa se ha producido. Desde el martes 11 del presente ha asumido el poder de la nación una junta militar integrada por los comandantes en jefe de las tres ramas de las Fuerzas Armadas y el Director General de Carabineros.

Un solo hecho resume el alcance y la decisión de quienes llevaron a efecto este movimiento militar, cuyo balance de víctimas fatales y daños materiales es aún imponderable: el exPresidente Allende murió atrincherado en el Palacio de la Moneda, después que el edificio fue virtualmente destruido por un implacable bombardeo aéreo y terrestre. Existen pruebas de que el líder de la Unidad Popular se suicidó con una metralleta poco antes del mediodía, cuando una patrulla militar se dirigía a la casa de Gobierno para materializar su rendición que había comunicado recién al Comando.

El golpe fue simultáneo en todo el país y mostró extraordinaria precisión, unidad y disciplina de los uniformados que, en pocas horas, controlaron todas las actividades vitales, silenciaron las emisoras oficialistas y aislaron industrias y poblaciones que pudieran constituirse en focos de resistencia. Prueba de lo anterior es que hasta la guardia de Palacio, a cargo de oficiales y tropas de Carabineros, abandonó la Moneda con anterioridad al bombardeo y se plegó al movimiento, reconociendo la nueva autoridad de la policía uniformada.

Por otra parte, los dramáticos llamados radiales de Allende para que los trabajadores marxistas actuaran en defensa del gobierno desde sus lugares de trabajo o pusieran en acción dispositivos planificados para tal emergencia, no provocaron efectos. Salvo en algunas industrias y poblaciones periféricas y acciones suicidas de

francotiradores adiestrados para esta eventualidad, el operativo militar descabezó y neutralizó a los grupos armados de la Unidad Popular.

Hasta hoy persiste una débil resistencia de los francotiradores marxistas, pero la Junta Militar ha evidenciado estar consciente de que se avecinan tiempos difíciles para resguardar el orden público y la seguridad de las personas en este aspecto.

La reacción de la población civil, salvo los marxistas por supuesto, ha sido muy particular. La gran mayoría recibió jubilosa y aliviada la noticia del derrocamiento de Allende; sin embargo, al mismo tiempo surgía en ella una contradicción natural en las horas dramáticas e inquietas que está viviendo Chile. Por una parte, la esperanza de que, con la intervención militar y bajo su control apolítico, aplicando la técnica apartidista, pueda lograrse la reconstrucción de Chile y borrar la división de los chilenos que había originado el gobierno marxista. Por la otra, asombro y pesadumbre por la ruptura brusca e insondable del régimen democrático que tradicionalmente había imperado en el país. Chile exhibía con orgullo ante el mundo y América Latina el record de un país que, desde 1931, más de cuarenta años, no había interrumpido esa tradición civilista de un pueblo libre y soberano.

Sin embargo, hasta el momento predomina un deseo de éxito en la gestión que han emprendido las Fuerzas Armadas y la confianza de que todo volverá a la normalidad una vez encauzada la reconstrucción del país. La Junta Militar ha sido enfática en sostener con razón que debió actuar forzada por las circunstancias de un país al borde de la guerra civil, con su economía en bancarrota, con índices inflacionarios y de desabastecimiento inconmensurables y, lo que era más grave, con la semilla del odio entre hermanos en peligrosa germinación.

Esta impresión de los chilenos se ve en cierto modo ratificada con las revelaciones y testimonios de la Junta Militar sobre los preparativos marxistas para desatar el enfrentamiento armado a través de un autogolpe que partiría con el exterminio de la oficialidad de las Fuerzas Armadas, conforme se detectó en el intento de subversión promovido por altos personeros de la Unidad Popular, entre ellos el propio Secretario General del Partido Socialista, senador Carlos Altamirano Orrego, en la Marina. Este movimiento subversivo, oportunamente sofocado, y el hallazgo de arsenales de gran poder en la Moneda y las residencias presidenciales, además de otros lugares diseminados estratégicamente en todo el país, han dado fuerza a la impresión general de que las Fuerzas Armadas actuaron porque no les quedaba otra cosa que hacer para evitar la guerra civil y mantener su propia supervivencia.

Si a esta imagen se agrega el relajamiento moral de un régimen que se decía revolucionario, también comprobado públicamente por la televisión y las emisoras y diarios integrados en la red oficial de la Junta Militar, se llega a un cuadro de la realidad chilena que, por encima de principios o doctrinas, alcanza los límites de una justificación. Se ha mostrado al país no solamente un ambiente de vida de Salvador Allende y sus amigos impropio de un líder revolucionario sino, además, un atochamiento de alimentos acaparados por los dirigentes marxistas que constituye una burla a las necesidades que sufría la población, ya casi acostumbrada a las interminables colas, a la especulación y al mercado negro. Muchas industrias allanadas eran bodegas destinadas a abastecer a los partidarios del gobierno. Además, el apresamiento de altos funcionarios que pretendían escapar con millones de escudos en moneda nacional o extranjera es otra prueba de corrupción que ha impactado a la opinión pública.

LA JUNTA EN ACCION

Para ser sinceros, la intervención militar, aunque se veía venir, pilló de sorpresa al gobierno y a la oposición. La crisis que vivía el país estaba llegando a límites insostenibles. Los gremios y colegios profesionales habían paralizado a medio Chile y el gobierno se debatía en medio de muñequeros y maniobras para ganar tiempo. En la oposición, la presión de las bases, que exigían la renuncia de Allende o su inhabilitación por acuerdo del Congreso Nacional, estaba superando a las directivas y obligaba a sus dirigentes a quemar etapas para derrotar la obcecación marxista.

En este esquema, a Salvador Allende se le quebró la muñeca, de la que había hecho gala para sortear dificultades a cualquier precio. Bajo el pretexto de facilitar el diálogo con la Democracia Cristiana, logró la incorporación de los tres Comandantes en Jefe y del Director General de Carabineros al gabinete. En la ceremonia del juramento (10 de agosto), Allende dijo que ese ministerio era "la última oportunidad" para garantizar la seguridad nacional. En menos de una semana, el ex Presidente se enredó en su propio juego: con un truco impropio y poco serio hizo renunciar al entonces Ministro de Obras Públicas, General del Aire señor César Ruiz Danyau, que estaba resolviendo la huelga del transporte con perjuicio de la estrategia marxista encaminada a aplastar ese movimiento gremial. Allende llevó la jugada más allá, abusando al extremo del principio de obediencia y lealtad mantenido por las Fuerzas Armadas. Forzó al General Ruiz a renunciar también a su cargo de Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, argumentando que era imperioso que ambas funciones las desempeñara una sola persona. Esta actitud provocó resistencia en las Fuerzas Armadas, pero el General Ruiz, en patriótico gesto, aceptó la orden presidencial y entregó el mando aéreo al General Gustavo Leigh. El ocaso de Allende había comenzado.

Los acontecimientos se precipitaron. Una manifestación femenina frente a la casa del General en Jefe del Ejército y Ministro de Defensa Carlos Prats movió a éste a seguir el camino de Ruiz Danyau. La indignación de las esposas de oficiales de las Fuerzas Armadas estaba vigorizada por la burla de Allende de haber designado Ministro de Obras Públicas a otro General del Aire que no era Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile y, por lo tanto, totalmente ajeno a su extraña tesis con la que pretendió justificar la salida del General Ruiz.

De esta manera, el ajedrez presidencial se fue quedando sin piezas en el tablero y el hasta ayer hábil jugador, huérfano de estrategias que lo liberaran del jaque mate. Allende hizo otras movidas improvisadas, pero fue acorralándose con la colaboración entusiasta del extremismo marxista, desoyendo las voces de los sectores democráticos de la oposición.

Frente a la realidad que vive ahora Chile, resulta inconducente hacer una relación cronológica o circunstanciada de los últimos días que vivió el régimen marxista. El 4 de septiembre, la Unidad Popular alcanzó a celebrar el tercer aniversario de su triunfo electoral. Lo hizo con la misma prepotencia y sectarismo de hace tres años. La amenaza y el odio reemplazaron a la alegría que debía mostrar un gobierno para todos los chilenos.

Al día siguiente, cientos de miles de mujeres acallaron los ecos de la manifestación marxista, incentivando la acción de la inmensa mayoría ciudadana que exigía una rectificación profunda o la renuncia presidencial.

La Moneda puso oídos sordos a este clamor; insistió en su estrategia de represión y violencia. Una semana más tarde, la Unidad Popular estaba cocinada en su propia salsa.

Sería muy difícil resumir las proclamas militares de estos tres últimos días. Son muchas, pero tienen el mismo contenido que dijimos en un comienzo: unir a la familia chilena, reconstruir el país, normalizar la vida ciudadana y prolongar su presencia en el poder sólo hasta el logro de estos objetivos.

Por ahora es imposible formarse una idea exacta de la orientación política de la Junta Militar, pero es indiscutible que las personas que la integran cuentan, hoy por hoy, con el apoyo y la esperanza de la gran mayoría de los chilenos.

POSICION DEL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO

El exPresidente Allende había cuidado mucho la imagen de su gobierno en el exterior. Una científica difusión de esta experiencia chilena de transición al socialismo marxista fue puesta en juego. Desgraciadamente, para los chilenos, el éxito de ella sólo ha podido ser apreciado desde afuera, donde se lamenta lo ocurrido al líder de la Unidad Popular.

En nuestro país, en cambio, existe conciencia de que el suceso era inevitable, como también todos comparten la opinión de que el Partido Demócrata Cristiano, fuerza política mayoritaria, hizo lo imposible por evitar el cruento desenlace. Someramente, daremos algunos ejemplos de esta actitud.

A mediados del año de 1972 tuvieron lugar las gestiones del Presidente del Partido Demócrata Cristiano de la época Renán Fuentealba para encauzar constitucionalmente el proceso del cambio social en la economía.

En octubre del mismo año, el PDC logró controlar el paro gremial que derivaba hacia el derrocamiento de Allende y obtuvo la incorporación de las Fuerzas Armadas para garantizar elecciones parlamentarias libres que significaran un pronunciamiento plebiscitario sobre la gestión de la Unidad Popular.

El senador demócrata cristiano Juan de Dios Carmona hizo posible la Ley del Control de Armas como medida para prevenir la acción de grupos armados.

En las elecciones parlamentarias de 1973 el pueblo se pronunció mayoritariamente por una rectificación de la política gubernativa.

En julio recién pasado, el presidente actual del PDC, senador Patrio Aylwin, aceptó dialogar con Salvador Allende para buscar un consenso mínimo que sirviera de base a una superación de la crisis política nacional por medios democráticos.

A mediados de agosto último, el PDC, ante el agravamiento extremo de la situación, impulsó un acuerdo de la Cámara de Diputados para representar al gobierno la necesidad ineludible de rectificar rumbos y restablecer el régimen de derecho y el orden constitucional gravemente quebrantados.

Finalmente, en vísperas del movimiento militar, el PDC ofreció públicamente la renuncia de sus senadores y diputados a cambio de la renuncia de Allende y de los demás parlamentarios, para dar lugar a un plebiscito general a fin de que fuera el pueblo quien resolviera el conflicto.

Estas y muchas otras iniciativas y actitudes de la Democracia Cristiana fracasaron ante la pertinacia del bloque marxista, donde imperaba la estrategia extremista de aplastar al adversario para alcanzar la totalidad del poder.

Por estas razones consideramos que tiene un profundo valor objetivo el primer juicio de la directiva del PDC frente a lo sucedido, más aún si éste enfoca una situación que se vive y se siente en carne propia en todo Chile. Junto con destacar las causas del movimiento militar y dejar en claro que hizo todo lo posible por evitarlo, el PDC señala que los propósitos de la Junta Militar de restablecer la normalidad constitucional, la paz y la unidad entre los chilenos "interpretan el sentimiento general y merecen la patriótica colaboración de todos los sectores. Su logro requiere una acción justa y solidaria, respetuosa de los derechos de los trabajadores, sin odios ni persecuciones, que conjugue el esfuerzo colectivo en la tarea nacional de construir el porvenir de Chile, ajena a los afanes minoritarios de quienes buscan modelos regresivos". Agrega la declaración que la Democracia Cristiana "lamenta lo ocurrido. Fiel a sus principios, agotó sus esfuerzos por alcanzar una solución por la vía política institucional y no los rehuirá para conseguir el desarme de los espíritus y las manos, la pacificación, la reconstrucción de Chile y la vuelta a la normalidad constitucional, posponiendo como siempre sus intereses partidistas al bien superior de la patria".

Los observadores políticos han considerado que la declaración del PDC es equilibrada y perfectamente acorde con las circunstancias que se viven en Chile, cuando recién la Junta Militar empieza a tratar de poner en marcha al país. Coinciden en estimar que ella interpreta claramente el pensamiento de la gran base social de la Democracia Cristiana, fenómeno que puede ser difícil conjugar a la distancia con principios doctrinarios aplicables en países que no han vivido la experiencia marxista que estaba sufriendo Chile y que lo precipitó en la peor crisis de su historia y que estuvo a punto de consolidarse a través de un autogolpe destinado a instaurar por la fuerza la dictadura comunista.

En síntesis, dos son los hechos objetivos que dramáticamente muestra el actual momento político chileno: el ineludible fracaso de la llamada "vía chilena al socialismo" y la preparación de un golpe de fuerza que estuvo a punto de consumarse, si las Fuerzas Armadas de Chile no hubiesen intervenido.

Acerca del fracaso de la experiencia allendista, hemos abundado en nuestras anteriores comunicaciones. El balance no puede ser más negativo. Por lo que respecta a los preparativos del autogolpe, constan en la enorme dotación de armas que tenían las ilegales milicias marxistas. Estas formaban un verdadero ejército paralelo, con un poder de fuego equivalente a veinte regimientos regulares con la presencia activa de más de diez mil extremistas extranjeros, situación que se ha visto comprobada por los múltiples allanamientos practicados por las Fuerzas Armadas. Tal como ha denunciado Aylwin, Chile estuvo al borde de un "golpe de Praga", cuyas consecuencias serían fatales. Agotados los reiterados esfuerzos de la Democracia Cristiana por encontrar una solución democrática, las Fuerzas Armadas no hicieron sino adelantarse a ese riesgo inminente.

Los demócratacristianos han señalado que esperan del actual gobierno el cumplimiento de su promesa de respetar los derechos de los trabajadores, de los campesinos y de los pobladores; de no retroceder en el proceso de cambios—iniciado históricamente por el gobierno del Presidente Frei—y de devolver el poder al pueblo tan pronto se restablezca la normalidad.

En el limitado ámbito que puede cubrir esta carta, tales son los hechos y su justificación. La Democracia Cristiana prepara un "libro blanco" que recoja con

Carta Demócratacristiana N° 20/73 - hoja seis y última

el detalle que corresponde su actitud y los esfuerzos que realizó para salvar la democracia en Chile así como su posición frente a la nueva composición de gobierno. En todo caso, espera con la más absoluta tranquilidad el juicio de la historia, porque sabe que no le será adverso.

Redacción cerrada el 24 de septiembre de 1973
a las 20 horas.

www.archivopatricioaylwin.cl